



La familia como escuela de virtudes y valores

El que canta es el primero en recibir los beneficios de la melodía, alegría el corazón, paz de espíritu, felicidad...

J. G. Cáceres

Por ANA MARÍA BALDRICH y
JESÚS MESA

Introducción

«La familia está en crisis» es de las frases que con mayor frecuencia se oye y se lee en muchos sitios y lugares. Una primera interpre-

tación de esta afirmación es que la familia está a punto de desaparecer. Sin embargo, a partir de la capacidad de observación, se aprecia que la persona nace en una familia, en ella establece sus primeros

contactos biológicos y afectivos, y de esta depende su seguridad hasta que alcanza el nivel de madurez y autosuficiencia que le permiten asumir su independencia para formar una nueva familia; no obs-

tante lo cual, siempre mantendrá ese lazo que la unirá a su orígenes familiares.

Familia. Funciones

La familia como institución social, anterior a la formación de los Estados, es un grupo único y particular, que a pesar de los cambios producidos en los diferentes contextos y momentos históricos, ha logrado sobrevivir y continúa siendo la célula fundamental de la sociedad, pues cumple funciones que son insustituibles por otros grupos humanos, como el afecto, la protección y la intimidad.

Iluminada por el mensaje bíblico, la Iglesia considera a la familia nacida de la íntima comunidad de vida y amor conyugal y fundada sobre el matrimonio entre un hombre y una mujer, posee una original y específica función social en cuanto a relaciones interpersonales como primera y fundamental célula de la sociedad, es una institución divina, querida por Dios, fundamento de la vida de las personas y prototipo de organización social.

De lo anterior se evidencia la complejidad del tema, lo que motiva que el concepto de familia en el campo de las ciencias, en la actualidad, sea objeto de una gran polémica debido a la diversidad de modelos familiares coexistentes, diferentes de la familia nuclear extensa o no, que predominaba en épocas pasadas. Estos distintos modelos pueden agruparse de manera general, en extensas compuestas, monoparentales, y familias ensambladas, reconstituidas o mixtas, originadas por diversos factores adversos tales como: el divorcio, las uniones consensuales y la iniciación sexual temprana.

Por ende, los aspectos a tener presentes para la definición académica de familia son la consanguinidad, la convivencia y la afectividad, siendo este último el criterio

de mayor importancia, ya que trasciende los límites de los vínculos sanguíneos y de convivencia.

En correspondencia con lo antes expresado, al abordar la definición de familia, las ciencias sociales toman como base las funciones que le son inherentes a este núcleo fundamental de la sociedad y que son en principio las siguientes:

- **Biosocial.** Es la encargada de la reproducción humana mediante relaciones afectivas, sexuales y de procreación. Cumple la función de reproducción, ya que en ella se gesta la necesidad de descendencia y se crean las condiciones para el desarrollo físico, psicológico y social de sus integrantes.

- **Económica.** Está relacionada con el mantenimiento de la familia en la convivencia del hogar común, por medio de distintas actividades de abastecimiento y consumo.

- **Cultural.** Como primer grupo de socialización es la encargada de la transmisión cultural transgeneracional, de valores y pautas de comportamiento.

- **Afectiva.** Facilita la manifestación entre sus componentes de una gama de sentimientos y manifestaciones conductuales de aprecio, respeto y valoración, así como brindar apoyos y ayudas mutuas, tanto en el orden material como afectivo.

- **Educativa.** Presenta una doble vertiente: protectora y normativa. Una buena inserción del individuo en la sociedad es decisiva para la supervivencia de la misma, que es responsabilidad de los padres, que deben lograr un adecuado balance entre protección y normatividad.

Como último aspecto relacionado con las funciones de la familia, y no por ello menos importante, se tiene, **el afecto**, ya que es el vehículo mediante el cual se ejercen el resto de las funciones. El afecto en la familia es el medio de existen-

cia de la relación entre sus miembros y, por tanto, contribuye a la satisfacción de las necesidades afectivas, permite el desarrollo de la confianza, la seguridad y la auto estima en el niño, además que constituye la base de la estabilidad psicológica y el desarrollo sano de la personalidad.

Crisis familiares. Adaptabilidad

Durante el ciclo vital de vida de la familia ocurren distintos momentos de cambio o de crisis que la Psicología, de manera general para su estudio, las agrupa en las derivadas de su propio desarrollo, denominadas crisis normativas o transitorias; y otras accidentales (imprevisibles, paranormativas o no transitorias), que afectan de manera muy variable a la familia en dependencia de los principios y características de cada una de ellas.

Las especificidades anteriores motivan que la capacidad de adaptación de las familias a las crisis depende de muchos factores, entre los que pueden citarse la capacidad de reflexión y diálogo; el grado de flexibilidad que la misma presente para asumir los cambios; la habilidad para drenar las emociones que producen estos eventos; la libertad de expresión de los sentimientos; los apoyos con que pueda contar, entre otros. Por ello, la reorganización de la vida familiar y la reintegración de un adecuado funcionamiento son evidencias de la solución de las crisis.

Familias funcionales y disfuncionales

La familia es la primera y más importante estructura de autoridad que experimentamos todos. En consecuencia, nuestro carác-



ter, el concepto de autoridad, y la actitud hacia ella, son formados básicamente en la familia. De igual forma también las heridas más profundas de nuestra vida, generalmente son las que provienen de nuestra niñez y de nuestra familia. Una familia que funciona mal, ejerce una presión constante que deforma emocionalmente de por vida a quienes se crían en ella.

Por otra parte, como ya se expresó, la familia es la célula básica de la sociedad. De ahí que los problemas y las disfunciones de la sociedad se reflejen en la familia, y las disfunciones de éstas se proyectan en la sociedad. Un número «suficiente» de familias disfuncionales hace que la sociedad entera se vuelva disfuncional. Lo peligroso de esta influencia es que pasa inadvertida, a lo que debe añadirse que el niño que crece en una familia disfuncional, por lo general, no se da cuenta de que su familia no es normal.

Dada la importancia del tema, los estudiosos han establecido que las dos dimensiones relacionales fundamentales para determinar si una familia es funcional o no, son: conyugabilidad (relación entre los integrantes de la pareja) y parentabilidad (relación de los padres con los hijos), cuyo peso relativo determina el grado de funcionalidad o disfuncionalidad de una familia.

En el caso de la familia con una tendencia funcional, denominada por la Psicología familia nutricional racional plena, se caracteriza por una por una conyugabilidad armoniosa y una parentabilidad conservada. En ella los padres tienen una buena capacidad de resolver adecuadamente los conflictos que viven como pareja, a la vez que crían a los hijos con una buena oferta amorosa a nivel cognoscitivo, emocional y conductual. Desde

el punto de vista cristiano la familia funcional es una verdadera comunidad de vida y amor, pues encontramos el clima más favorable para que de una manera sencilla y natural se asimilen los valores y virtudes que conformarán lo más íntimo de una persona.

En contraposición se tiene la familia disfuncional, de la cual existen distintas definiciones; pero que desde el punto de vista cristiano se considera a aquella cuyos miembros no asumen el papel que Dios ha previsto para ellos. Es Dios en su plan de salvación el que ha inscrito en el hombre la inclinación a la formación de una familia, lo que podemos ver desde los primeros capítulos del libro del Génesis, ÉL no es un Dios solitario, en EL están las tres divinas personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; lo que, hablando analógicamente pudiéramos considerar una familia.

Las familias con tendencias **disfuncionales**, según la Psicología, se pueden clasificar de acuerdo al tipo de relación deficiente que establezcan entre sus componentes:

- **Familias trianguladoras.** Son aquellas en las que los padres implican disfuncionalmente a los hijos en la solución de sus problemas como pareja.

- **Familias deprivadoras.** No presentan problemas relevantes en el plano conyugal, pero se muestran incompetentes en cubrir las necesidades de nutrición relacional de los hijos y por ello se habla de privación.

- **Familias caotizadoras.** Cuando la relación conyugal inarmónica coexiste con parentalidad deteriorada. La relación en la que se crían los hijos puede ser calificada de caótica, ya que éstos se encuentran expuestos a toda clase de riesgos.

Valores y Virtudes

Lamentablemente, con más frecuencia de lo que quisiéramos, en los ambientes donde desenvolvemos nuestro diario quehacer, conocemos de dolorosas situaciones que nos lastiman y preocupan: el alcoholismo, la violencia de palabra y obra, la falta de respeto, la delincuencia, las relaciones sexuales a edades cada vez más tempranas y el divorcio entre otros, que en última instancia constituyen muestras de la relajación de los valores morales que desdibujan y empañan nuestra imagen de pueblo noble y generoso de raíces cristianas, por lo general, asociadas a la falta de valores causada en gran medida por la existencia de familias con características disfuncionales.

Lo anterior conduce a dos interrogantes: ¿Qué son los valores? ¿Esta relajación se encuentra relacionada con el menoscabo del papel actual de la familia en nuestra sociedad y/o con la apreciación del papel que ella puede desempeñar en el mejoramiento de esta?

Como primer aspecto debe señalarse que los valores han estado presentes desde los inicios de la humanidad, pues para el ser humano siempre han existido conceptos valiosos: la verdad, la justicia, la belleza, la virtud, que se manifiestan a través de que un hombre sea lo que es, sin lo cual perdería la humanidad que lo caracteriza o parte de ella. Por ejemplo, se considera un valor la verdad: es más valioso ser verídico que ser mentiroso; es más valioso trabajar que robar; por ello, la presencia de los valores desarrolla la humanidad de la persona, mientras que el contravalor la despoja de esta.

Por otra parte, desde el punto de vista socio educativo, los valores son considerados pautas, referencias o abstracciones que orientan el comportamiento humano a la realización plena de la persona y al mejoramiento de la sociedad,

Glosario de Términos

Colosenses. Habitantes de Colosas (*Κολοσσαί* en griego antiguo, *Colossae* en latín) era una antigua ciudad de Frigia, en la península de Anatolia, cuyo nombre puede ser una deformación del término colosal. La ciudad estaba junto al río Licos, afluente del río Menderes, y situada a 18 kilómetros de Laodicea (en las proximidades de la actual ciudad turca de Denizli), cerca de la vía que unía el Éfeso y el Éufrates.^{x+80}

Corintios. Habitantes de Corinto (griego *Κόρινθος*, *Kórinthos*) es una ciudad del Peloponeso en Grecia.^{x+81}

Efesios. Habitantes de Éfeso (griego *Εφεσος* *Ἐφεσος*, turco: Efes, latín *Ephesus*) fue en la antigüedad una localidad del Asia Menor, en la actual Turquía.^{x+82}

Tesalonicenses. Habitantes de Salónica o Tesalónica (en griego *Θεσσαλονίκη*, *Thessaloníki*³ o *Σαλονίκη*, *Saloníki*) es la segunda ciudad de Grecia.^{x+83}

que constituyen guías que dan determinada orientación a la conducta y a la vida de cada individuo o grupo social, que pudiesen clasificarse en religiosos, morales, estéticos, intelectuales, afectivos, sociales, físicos y económicos. Como ejemplos de valores pudiésemos citar la compasión, el honor, la responsabilidad, la libertad, la humildad, la generosidad, la justicia, la tolerancia, la honestidad, la lealtad y el respeto, entre otros.

Asimismo, para que los valores dejen de ser pautas, referencias, abstracciones, paradigmas, tienen que concretizarse en acciones, en práctica, en virtudes que se tornan en cualidades adquiridas con esfuerzo y se individualizan, de tal manera que, al ser vividas por el hombre, lo hacen crecer, perfeccionarse, y hacerse mejor persona.

Sin embargo, la comprensión de la transcendencia de los valores se encuentra recogida en el contexto bíblico, como se aprecia en los siguientes fragmentos de las cartas de Pablo y Santiago.

En la Primera Carta de Pablo a los Corintos, se aborda el tema del amor bajo la premisa

de que nada es más perfecto que el amor: «Si yo hablara todas las lenguas de los hombres y los ángeles, y me faltara el amor, no sería más que bronce que resuena y campana que toca... El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante... el amor disculpa todo; todo lo cree; todo lo espera y todo lo soporta» (1 Cor 13,1;4;7).

La presencia de los valores también aparece en la **Carta a los Efesios**, a partir de su concepción del avance hacia el hombre perfecto: «Mantengan entre ustedes lazos de paz, y permanezcan unidos en el mismo espíritu» (Ef 4,3); revistan al hombre nuevo. «Ustedes tienen que dejar su manera anterior de vivir, el hombre viejo, cuyos deseos engañosos lo llevan a su propia destrucción. Dejen que su mente se haga más espiritual, para que tengan nueva vida y revístanse del hombre nuevo... por eso no más mentiras, que todos digan la verdad a su prójimo, ya que todos somos parte del mismo cuerpo... que el que robaba ya no robe, sino que se fatigue trabajando con sus manos en algo útil y tenga algo

que compartir con los necesitados. No salga de sus bocas ni una mala palabra, sino buenas palabras que

edifiquen cuando sea necesario y que hagan el bien a los que las oigan... arranquen de raíz entre ustedes: los disgustos, los arrebatos, el enojo, los gritos, las ofensas y toda clase de maldad. Por el contrario muéstrense buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente» (Ef 4,3; 22-24). Maridos, amen a sus esposas. La escritura dice: «Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse con su esposa y los dos no formarán sino un solo ser... en cuanto a ustedes, que cada uno ame a su esposa como a sí mismo, y que la mujer, a su vez respete a su marido» (Ef 5,25;31;33). Hijos, padres, siervos y patronos. «Hijos obedezcan a sus padres, esto es lo justo: Honra a tu padre y a tu madre... y ustedes padres no hagan de sus hijos unos rebeldes, sino más bien edúquenlos usando las correcciones y advertencias que puede inspirar al Señor» (Ef 6,1;4).

El tema continúa en la **Carta a los Colosenses** (Col 3,9-10) bajo la propuesta de póngase el vestido nuevo: «No se mientan unos a los otros. Ustedes se despojaron del hombre viejo y de su manera de vivir para revestirse del hombre nuevo, que el Creador va renovando conforme a su imagen para llevarlo al conocimiento verdadero. Ahí no se hace distinción entre judío y griego, entre quien fue circuncidado y quién no. No hay más extranjero, bárbaro, esclavo u hombre libre, sino Cristo en todo y en todos».

Otro aspecto asociado a los valores y virtudes es el de la actitud ante el trabajo cuando expresa en la **Segunda Carta de Pablo a los Tesalonicenses** (2 Tes, 6-7; 10), que todos trabajen: «Hermanos les ordenamos, en nombre





de Cristo Jesús el Señor, que se aparten de todo hermano que viva sin hacer nada, a pesar de las condiciones, que les transmitimos. Ustedes saben en qué forma tienen que imitarnos: nosotros trabajamos mientras estuvimos entre ustedes... Además, cuando estábamos con ustedes les dimos esta regla: si alguien no quiere trabajar, que no coma».

El tema familiar y las relaciones personales también se encuentran presentes en los *Consejos a Timoteo* recogidos en la **Primera Carta a Timoteo**: «No reprendas con dureza a un anciano; al contrario, aconséjalo como si fuera tu padre; a los jóvenes trátalos como a hermanos, a las mujeres mayores, como madres, y a las jóvenes como a hermanas, con gran pureza... (1Ti 5, 1-2) exige a los ricos que no se pongan orgullosos ni confíen en riquezas, que siempre son inseguras» (1Tim 6, 17).

Para concluir este acercamiento a las propuestas bíblicas relacionadas con los valores puede señalarse la **Carta de Santiago**, cuando se refiere a la verdadera sabiduría. «Si alguien se cree sabio y bien educado que lo demuestre por su bondad, y que su conducta sea un ejemplo, para los demás... (Sant 3,13) ¿De dónde vienen esas guerras, de dónde esos conflictos entre ustedes? ¿Quién hace la guerra sino los malos deseos que tiene dentro? Cuando se les niega lo que codician, ustedes matan. Cuando no consiguen lo que codician, ustedes discuten y pelean. En realidad ustedes no tienen porque no piden. Y si piden algo, no lo consiguen porque piden con la mala intención de derrocharlo después en sus placeres»... (Sant 4,1-3)

Otro aspecto muy asociado a los valores son las virtudes, las cuales se encuentran recogidas de igual forma en el Catecismo de la

Iglesia Católica: «La virtud es una disposición habitual y firme de hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino a dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende a hacer el bien, lo busca, lo elige a través de acciones concretas.» (No. 1803). Y continúa en el 1804: «Las virtudes humanas son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien.»

En la práctica pueden identificarse cuatro virtudes humanas que desempeñan un papel fundamental, denominadas «**virtudes cardinales**», ya que en torno a ellas se agrupan todas las demás. Estas son: la **prudencia**, (fuente de discernimiento del bien y de los medios para llevarlo a cabo), la **justicia** (que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que le es debido), la **firmeza** (que asegura en medio de dificultades la fortaleza y la constancia en la búsqueda del bien) y la **templanza o dominio de sí mismo** (que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados).

Pero al hombre, herido por el pecado, casi siempre revestido, engañosamente de un envoltorio atractivo y deslumbrante, por sus solas fuerzas en medio de las situaciones difíciles y disyuntivas que se le presentan en su diario vivir, le resulta muy difícil ser virtuoso, porque ello exige la práctica constante de vencerse a sí mismo, corporal, y sobre todo, espiritualmente. Este comportamiento sólo lo puede lograr si Dios es el fundamento de su vida, ya que Él pro-

porciona la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes humanas, arraigadas a su vez, en las virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad) que Dios infunde en el alma del cristiano para hacerlo capaz de obrar como hijo suyo y merecer la dicha de la felicidad eterna en la contemplación de Su divinidad.

Virtudes en la familia

Como ya se expresó, la familia es la célula básica de la sociedad, lo que quiere decir que en nuestra comunidad, el país y el mundo está formado por familias, donde el ser humano nace, aprende a ser persona, a amar y a relacionarse con los demás, e integrarse como individuo útil a la sociedad y a ejercer responsablemente su libertad.

Al hablar de familia podemos imaginara un grupo de personas bajo un mismo techo y entender la importancia de la manutención, cuidados y educación de todos sus miembros, pero descubrir la raíz que hace a la familia el lugar ideal y fundamental para forjar los valores, es una meta necesaria y que debemos alcanzar para lograr un modo de vida más humano, que posteriormente se transmitirá naturalmente a toda la sociedad.

Esa raíz que hace a la familia el lugar ideal y fundamental para vivir y transmitir los valores se alimenta y sostiene de la fe en Dios practicada y vivida en el seno familiar, donde los padres la transmiten a sus hijos con su testimonio de fe y vida, donde la oración familiar surge de los acontecimientos diarios y sirve para vivir la vida como una oración, constituyéndose en fuente de unión, alegría, fortaleza y confianza en la providencia divina, en fin, donde se forma la conciencia para vivir los valores humanos de cara a Dios y en servicio a los semejantes.

En consecuencia, el valor en la familia va más allá de los encuen-

tros habituales e ineludibles, los momentos de alegría y la solución a los problemas que cotidianamente se enfrentan. El valor nace y se desarrolla cuando cada uno de sus miembros asume con responsabilidad y alegría el papel que le ha tocado desempeñar en la familia, procurando el bienestar, desarrollo y felicidad de todos los demás... pero para ello es necesario vencer el egoísmo, actuando con generosidad.

De lo anterior, se desprende que llevar a la familia por un camino de superación constante no es una tarea fácil. Las dificultades y exigencias de la vida actual pueden obstaculizar la colaboración e interacción entre sus miembros, porque ambos padres trabajan, porque quizás la familia no disponga de una vivienda adecuada... pero eso no lo hace imposible. Por tanto, es necesario e imprescindible crear un mínimo de condiciones y dar orden y prioridad a todas nuestras obligaciones, aprendiendo a vivir con ellas.

De igual forma es necesario reflexionar que el valor de la familia se basa fundamentalmente en la presencia física, mental y espiritual de las personas en el hogar, con disponibilidad al diálogo y a la convivencia, haciendo un esfuerzo por cultivar los valores en la persona misma, y así estar en condiciones de transmitirlos y enseñarlos. En un ambiente de alegría toda fatiga y esfuerzo se aligeran, lo que hace ver **la responsabilidad no como una carga, sino como una entrega gustosa en beneficio de nuestros seres queridos más cercanos.**

Lo primero que debemos resolver en la familia es el egoísmo, suprimir el «mi»: mi tiempo, mi realización profesional, mi diversión, mis gustos, mi descanso..., pues si todos esperan comprensión y cuidados ¿quién tendrá la iniciativa de servir a los demás? Si ninguno de los padres está disponible, por

una razón u otra, para conversar y dialogar con los hijos, no se puede pretender que ellos comprendan que deben ayudar en las diferentes tareas del hogar. La generosidad nos hace superar el cansancio para escuchar esos problemas de los hijos que para los adultos pueden tener poca importancia; es dedicar un tiempo especial para jugar, conversar o salir de paseo con todos el fin de semana... la unión familiar no se plasma en una fotografía, se va tejiendo todos los días con pequeños detalles de cariño y atención, sólo así demostramos un auténtico interés por cada una de las personas que viven con nosotros.

Otra idea fundamental es que en casa todos somos importantes, no existen logros pequeños, nadie es mejor o superior. Se valora el esfuerzo y dedicación puestos en el trabajo, en el estudio y la ayuda en la casa, más que en la perfección de los resultados obtenidos; se tiene el empeño por servir a quien haga falta para que aprenda y mejore, participemos de las alegrías y fracasos, del mismo modo como lo haríamos con un amigo... saberse apreciado, respetado y comprendido, favorece la autoestima, mejora la convivencia y fomenta el espíritu de servicio.

Sería utópico pensar que la convivencia cotidiana estuviera exenta de diferencias, desacuerdos y pequeñas discusiones. La cuestión es cómo se aborda el problema en lo que resulta fundamental el dialogar. La solución no está en demostrar quién manda o tiene la razón, sino en mostrar que somos comprensivos y tenemos autodominio para controlar los disgustos y el mal genio, en vez de entrar en una discusión, donde, por lo general, nadie queda convencido. Todo conflicto cuyo resultado es desfavorable para cualquiera de las partes, disminuye la comunicación y la convivencia, hasta que poco a poco la alegría se va alejando del hogar.

Consideraciones finales

Como ha podido apreciarse, para salvar nuestros más preciosos tesoros de humanidad, Dios ha escogido el arca de la institución familiar. Es decir, la familia como comunidad de vida y amor, donde con sencillez y naturalidad se viva la fe en Dios, la esperanza y la caridad (amor), es el lugar ideal para hacer crecer los valores morales que desde la infancia adornarán y constituirán los fundamentos del hogar. Dentro de ella las futuras generaciones deben aprender a conocer y honrar a Dios, hacer un buen uso de la libertad y de la responsabilidad respecto a los demás miembros de la casa; y así, cada uno contribuirá de forma privilegiada, según su vocación, al crecimiento espiritual de la propia familia y el aporte, que obligatoriamente y de forma recíproca, esta realiza a la sociedad.

De igual forma la familia como primera educadora de los hijos es quien debe sembrar la semilla de la fortaleza en sus hijos, fundamentalmente, como virtud que pondrán en práctica constante, para hacer frente a una sociedad moderna, que lejos de apartar, invita a las tentaciones, a una vida fácil, a la evasión, al sexo o amor libre, y a otras tendencias que de una manera u otra afectan en mayor o menor cuantía a las jóvenes generaciones. En este difícil ambiente socio cultural se mueve la familia, y su reto más actual es cómo cuidar nuestro patrimonio social, rico en virtudes humanas y cristianas, para transmitirlo a los más jóvenes de la casa.

